



EL TEATRO TRANSGRESOR DE ANDRÉS CAICEDO



Jaime Acosta

FOTOGRAFÍA:
Diego Vélez

Tuve la oportunidad de conocer y de trabajar en teatro con el joven escritor Andrés Caicedo cuando, en 1.968, cursábamos el quinto año de bachillerato en el Colegio Preuniversitario San Luis Gonzaga de Santiago de Cali.

Cali era, entonces, la ciudad tropical de finales de los 60s; esa década prodigiosa de la contracultura y el underground, y comienzos de los 70, con el advenimiento de movimientos sociales y culturales inéditos y contestatarios, el coletazo final de las grandes vanguardias europeas, el expresionismo alemán, la escuela rusa, el Surrealismo, que permearon la cultura occidental ubicando, en el espacio y el tiempo, las ideas fundacionales de la modernidad, ya puestas de manifiesto en las obras de pensadores como Nietzsche, Freud y Marx y que, desde las décadas 40 y 50, revolucionaron e influenciaron de manera decisiva el mundo de la cultura en América Latina. Posteriormente vendría también el arte Pop, el rock, la salsa y la sicodelia. Corrían entonces, por estas tierras, las ideas de Mayo del 68, la Revolución Cubana y el Boom de la literatura latinoamericana.

En la Cali de finales de los 60s, iniciaba su militancia apostólica y hacia su presentación en sociedad, el Nadaísmo, e irrumpían en el escenario de nuestra cultura colonialista y avejentada, los Comandos Revolucionarios del niño Jesús.

*No agregues nada
a la vergüenza
de tu propio perdón*

~André Breton

En 1.967, el poeta paisa Gonzalo Arango entró montado en un burro a la Plaza de Cayzedo, a donde lo esperaban en medio de palmas que abanicaban sus cofrades caleños, los noveles bardos Eduardo Escobar X-503, Jota Mario Arbeláez y el Monje Loco para, acto seguido, después de poemas y diatribas, prenderle fuego a “María”, por entonces, novela cumbre de las letras nacionales, en un acto-happening de teatro pánico que simbolizaba, según ellos, el advenimiento de una nueva poesía.

Pero también, por ese entonces, en la Sultana del Valle, se sentaban las bases del Nuevo Teatro Colombiano, desde la sala Beethoven del Conservatorio Antonio Maria Valencia y del TEC, Teatro experimental de Cali, bajo la dirección del Maestro Enrique Buenaventura, en complicidad con el director y dramaturgo Santiago García, y una pléyade de intelectuales y teatreros de Bogotá, que tenían como punto de referencia el grupo de La Candelaria, a donde se experimentaba, lo mismo que en el TEC, con la metodología de la creación colectiva y con las teorías de Stanislavsky, Bertolt Brech, y posteriormente del polaco Gerzy Grotowsky, quien vino a Colombia exclusivamente para convivir con ellos y a dictar un seminario sobre el Teatro Pobre.

Por entonces el TEC participaba en los grandes festivales Internacionales del



mundo, como el de Nancy, Francia, en donde obtuvo varios reconocimientos, alternando con dramaturgos latinoamericanos como Atahualpa del Cioppo y Augusto Boal. Obras como “A la Diestra de Dios Padre”, “Soldados”, “Los papeles del infierno”, llevadas a escena por el TEC; y, “Marat Sade” y “La cocina”, del grupo La Candelaria, fueron presentadas en los Festivales anuales de arte de Santiago de Cali.

También hay que destacar especialmente, la creación y puesta en marcha a partir de 1.971 de una Bienal Americana de Arte Gráfico, con organización y curaduría del Museo de Arte Moderno La Tertulia, bajo la dirección de Gloria Delgado y Maritza Uribe de Urdinola . La Bienal llegó a adquirir un merecido prestigio internacional, contando con la participación de artistas plásticos de reconocida trayectoria: Syzlo, Le Par, La Matta, y estaba más que sustentada por un movimiento importante en la plástica nacional: Alejandro Obregón, Enrique

Grau, Edgar Negret, Fernando Botero, Ramírez Villamizar, Widerman, Feliza Burztn, Luis Caballero y la crítica argentina Martha Traba, entre otros. Y en Cali, alternando sus encuentros y exposiciones en los salones de La Tertulia, se encontraban Lucy y Hernando Tejada, María Teresa Negreiros, Pedro Alcántara, Ever Astudillo, Jean y Ann Bartelsman, Maripaz Jaramillo, Fanor León, Oscar Muñoz y los fotógrafos y diseñadores Fernel Franco, Gerthian Bartelsman, Carlos Duque y el gurú de la publicidad, Hernán Nichols. Y, por supuesto, también estaba la Ciudad Solar con su entrañable amigo Hernando Guerrero.

Pero la sucursal del cielo también era la ciudad del filósofo y pionero del psicoanálisis en Colombia, Estanislao Zuleta, y de poetas y escritores como Fernando Cruz Cronfly, Alvarez Gardeazábal, Harold Alvarado Tenorio, Umberto Valverde, Aníbal Arias... y de las universidades Santiago de Cali y del Valle, con sus facultades de Arquitectura y Humanidades,

últimos bastiones para la libre discusión de las ideas y la formación de los libre pensadores, aun así, a contracorriente de una concepción de la Universidad Neocolonialista y autoritaria, a espaldas de una sociedad urgida del conocimiento y la ciencia para su desarrollo. Estos conflictos, confluían en su confrontación con el movimiento estudiantil de 1971. Pero también, y de manera decisiva, estaba la música, las descargas permanentes y sonoras de los sonidos afrocubanos que los iba llevando la brisa por las calles, o que salían como trombas, como bocanadas de erotismo y misterio de la otra escuela, la de los bares de mala muerte de la legendaria calle 15, Picapiedra, Natali, La rosa, Fantasio, El séptimo cielo, La Habana, El bar de Willian y también Libaniel, Honka Monka y El aguacate. Por esas noches de brisa y de palmeras del trópico, iluminadas con colores y destellos de neón, se comenzó a escribir la novela "Que viva la música". También estaban las librerías Nacional y Letras, y el restaurante Los Turcos.

Ese era el ambiente, la atmósfera, el aire que respiraba y que para bien o para mal, iba nutriendo las vivencias cotidianas del joven Andrés Caicedo a los 17 años. A través de Caicedo, con quien, repito, cursaba el quinto de bachillerato, conocí también a Ramiro Arbeláez, que estudiaba en el San Luis loma y ya había incursionado en algunos proyectos teatrales de Andrés (1967) y con quien fundamos, antes de haber cumplido ninguno de los tres los 18 años, el TESCA, Teatro Estudiantil de Cali.

Los ensayos eran a la salida de clases y los sábados en el auditorio del colegio, logrando llevar a las tablas, en muy corto tiempo, con esa creatividad frenética de Caicedo, "La piel del otro Héroe", pieza experimental de corte brechtiano, una sucesión de sketches o cuadros que se

iban originando en la absoluta austeridad del espacio escénico, puesto solo en evidencia por el devenir dramático, la presencia del actor y su relación con el movimiento de la luz, aboliendo de tajo cualquier rezago Aristotélico con sus condicionantes de una unidad de causa, espacio y tiempo, propiciando una vuelta de tuerca a la tradición sicologista, al contubernio con el melodrama y el phathos y los postulados anacrónicos de la introducción, nudo y desenlace. La imaginación y el sueño también hacen parte activa de la realidad.

La obra, escrita, dirigida y actuada por Andrés, que hizo un pequeño papel, con la colaboración de algunos de sus compañeros de clases, era una especie de alegato contra la guerra del Vietnam, el poder y el autoritarismo, y obtuvo el primer premio en el Festival Departamental de Teatro Estudiantil y un premio ex aequo a mejor actor para quien esto escribe. El jurado estaba presidido por el maestro Enrique Buenaventura, junto con el actor del TEC Fernando Pérez y el poeta Adolfo León Rengifo.

Andrés, no terminó el sexto de bachillerato en el San Luis Gonzaga, tenía ya muy claro que era lo que quería hacer. Y después de responder con cinco poemas a las cinco preguntas de un examen de física, no lo vimos mas por esos corredores, los mismos corredores de los cuales se llevaron, treinta y cinco años después, secuestrados por un comando de las FARC, a los miembros de la Asamblea Departamental del Valle del Cauca.

Después vendrían dos obras en las que no participé, "Recibiendo al nuevo alumno" y "Los Diplomas", con libretos y dirección de Caicedo, dentro de una estética expresionista que marcaba una nueva etapa caracterizada por el alejamiento del realismo social que marcó sus primeras incursiones.

En estas piezas es posible percibir su propia experiencia y decepción de las lacras de la religión y del medio educativo, de igual forma las influencias de sus lecturas y películas iniciáticas, los insucesos juveniles y adolescentes del medio estudiantil, muy en la línea de “El Joven Torles” de Musil llevada al cine por Volker Schlöndorff, y del filme “Cero en conducta”, de Jean Vigo. Pero también el mundo adolescente del mexicano José Agustín y el universo marginal de “La ciudad y los perros”, novela ésta de la cual más adelante Andrés realizaría una extensa y casi literal adaptación para el teatro.

Posteriormente, y como resultado de la investigación que el TESCA se propuso de la obra del dramaturgo Eugène Ionesco y su Teatro del Absurdo -cuyos textos de vanguardia se estrenaban en Europa por ese entonces-; estudio que incluyó las obras “Historias de rinocerontes” y “La cantante calva”, se puso en escena “Las sillas”, siempre con el apoyo intelectual y actoral de Ramiro Arbeláez y, en esta oportunidad, con la colaboración de la actriz María Teresa Valencia.

Esta pieza, así como el conjunto de la obra de Ionesco, escrita a mediados de los sesenta, nos muestra una visión pesimista del mundo y de la existencia humana, e indaga acerca de la enajenación del lenguaje y la inutilidad de las palabras, la traición del racionalismo occidental y de la lógica. La dramaturgia rastrea el mundo solitario y sin esperanza de una pareja de ancianos sin nombre, “El viejo” y “La vieja”, que habitan en el faro de una isla desierta y solo subsisten para reafirmar el mundo ilusorio, sin belleza y sin verdad en el que siempre han vivido.

Trabajando en la perspectiva de una puesta en escena y una dirección de inspiración expresionista, en casi dos horas continuas, sin cortes, durante las cuales los dos actores debían permane-

cer en el escenario, exigiendo de ellos un gran esfuerzo físico, mientras se iban acumulando, de manera compulsiva, sillas y más sillas que simbolizaban a los distintos y singulares personajes de la sociedad y del poder, en ejercicio de su condición humana.

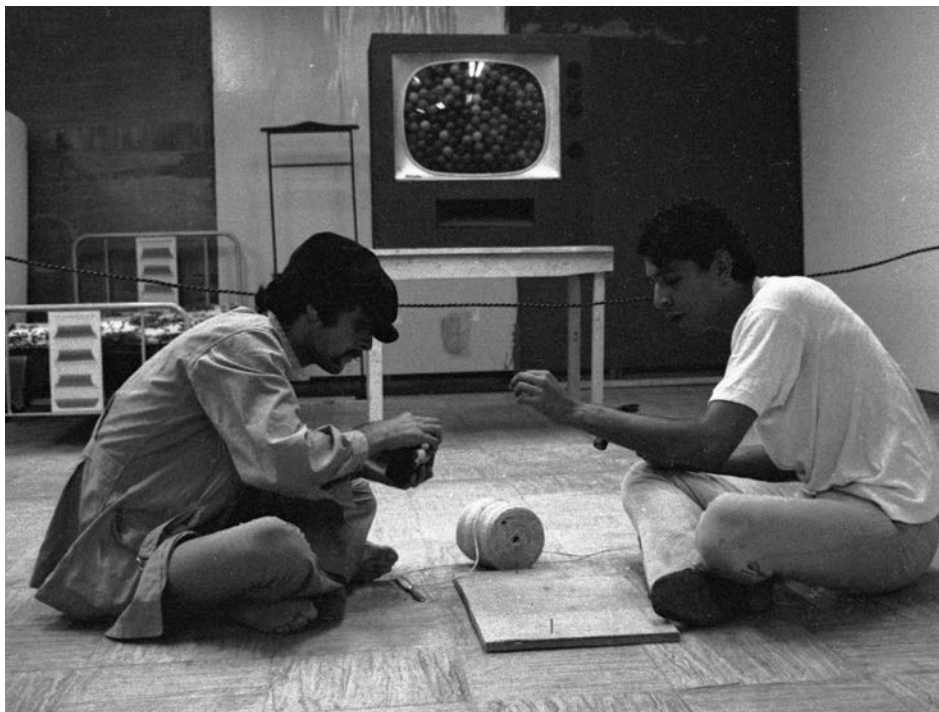
La obra tuvo el privilegio de estrenarse en la sala del Conservatorio de Cali, con lleno total y reseñas en la prensa intelectual de la ciudad, incluida una del escritor en ciernes Gustavo Álvarez Gardeazábal, que tenía una columna en el diario “Occidente”. También fue un gran éxito la presentación en el teatro al aire libre del Museo La Tertulia, con lleno total y espectadores subidos en los árboles de mango.

El año siguiente, durante el segundo semestre de 1970, junto con otros compañeros del San Luis, comencé a estudiar Arquitectura en la Universidad del Valle. Andrés presentó un proyecto para montar una obra, al entonces Decano de Estudiantes, Diego Roldán, quien le brindó el apoyo para dirigir “La noche de los asesinos,” adaptación libre de la obra del cubano José Triana, esta vez, con la actuación de Sonia Montero, estudiante de humanidades de la Universidad del Valle, Ramiro Arbeláez y Jaime Acosta.

En esta ocasión, la puesta en escena llevó al límite la estética neo-expresionista iniciada con “Las sillas”. Tres actores que representan personajes agobiados por el mundo de la niñez y de la adolescencia, en el encierro angustioso y la oscuridad.

Era una penumbra moribunda donde los actores representaban, apoyados por cinco cubos de madera que componen toda la escenografía abstracta y con los cuales se construían los espacios, escenas donde deambulaban los fantasmas, demonios, ilusiones y crisis de la estructura familiar; ese paraíso y ese infierno, a decir de algunos.





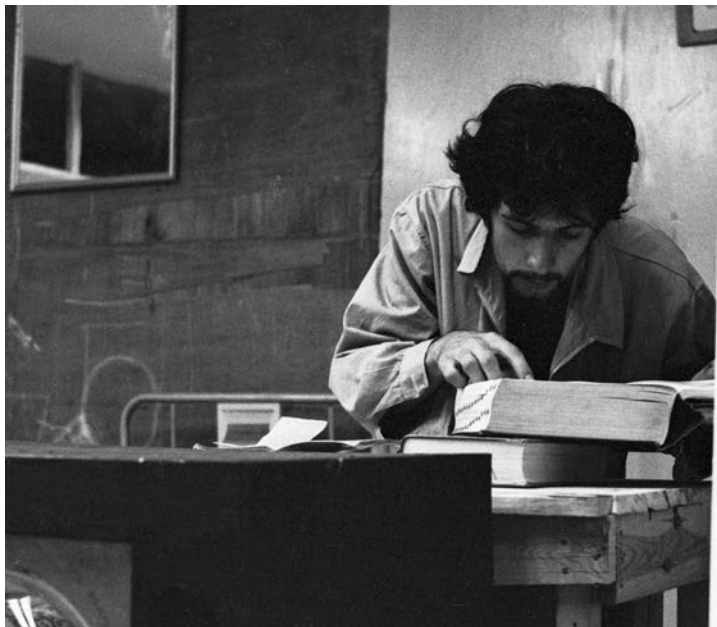
La obra tuvo varias presentaciones, entre ellas, dos funciones con muy buena asistencia en el Teatro Municipal, hoy llamado Enrique Buenaventura, siendo seleccionada también para participar en el Seminario Nacional de Teatro Universitario realizado ese año en la ciudad de Bucaramanga. El movimiento teatral universitario era bastante relevante dentro del panorama de la cultura nacional en la década del 70.

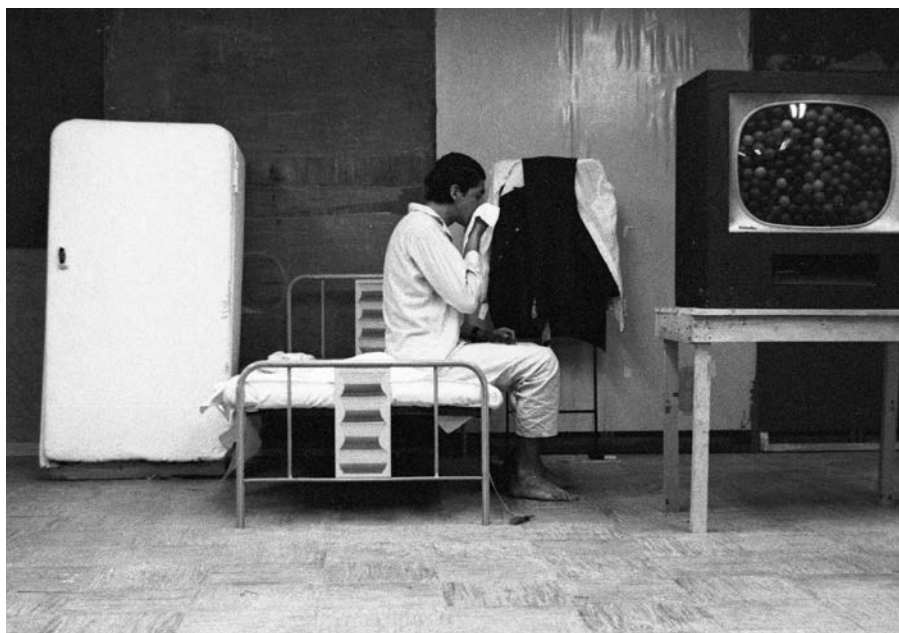
Gracias al éxito obtenido por “La noche de los asesinos”, y de nuevo con el auspicio de la Universidad del Valle, que puso a nuestra disposición un piso en las recién inauguradas residencias universitarias, se llevaron a cabo los ensayos y la puesta en escena de “El mar”, la pieza teatral mas ambiciosa y compleja de Caicedo, que ya planteaba una estética más cercana al realismo fantástico, más próximo a su obra literaria y que tanto admiró Andrés en la obra de Julio Cortázar y Jorge Luis Borges.

Los personajes de la obra, Jacinto y José, a diferencia de Jesús, pareciera que están más allá de eso que llamamos la realidad objetiva, al margen de la historia, han prescindido de esas circunstancias, tienen conciencia de si mismos y se han aislado, han tomado distancia de las prácticas y rituales despiadadas del consumo en el que está prisionera la vida, como sucede con algunos de los personajes de Samuel Beckett.

Dos, de los tres personajes de la obra, Jesús y Jacinto, fueron interpretados magistralmente por el mismo actor, Ramiro Arbeláez. Por ese entonces, Caicedo ya había visto la película de Joseph Mankiewicz “El jarro de miel”, en donde el actor Michael Caine interpretaba también dos papeles estelares.

Esta nueva incursión en el teatro, anuncia una puesta en escena y una dirección de actores más contenida, más cercana al realismo, más pertinente al séptimo arte, universo éste que ya comenzaba a ocupar buena parte del tiempo de Caicedo, con el





ejercicio metódico y riguroso de la crítica de cine en distintos medios escritos, en los boletines del Cine Club de Cali y en su revista Ojo al Cine.

La dramaturgia de “El mar” surge de una lectura de textos relacionados con los oficios, costumbres y avatares de los hombres del mar, “Las aventuras de Arthur Gordon Pinn” de Edgar Allan Poe, uno de sus autores de culto, y de “Moby Dick,” de Herman Melville, llevada al cine por John Huston. Pero la noción del espacio escénico y de los personajes está inspirada por la atmósfera de encierro irrevocable, casi como destino, de los dos personajes de “El montaplatos” de Harold Pinter.

El argumento de la obra es bastante sencillo: Jacinto, personaje marginal con antecedentes de problemas psicológicos, de desubicación e incapacidad para integrarse al mundo que le ha tocado vivir, invita a José - indigente que encuentra en la calle un día cualquiera y a quien le promete regalar un par de zapatos- a un apartamento invadido por los libros hasta la misma nevera; apartamento que

comparte eventualmente con su hermano Chucho.

La ilusión que aún mantiene en pie a Jacinto, es la lejana posibilidad de escribir un drama sobre la vida del mar. Una vez juntos, le propone a José cerrar definitivamente puertas y ventanas y dejar a Chucho afuera, como efectivamente lo hacen. Los dos personajes van entrando en un alejamiento, en un extrañamiento de las costumbres y actitudes tradicionales o normativas de la vida, tal y como la conocemos, llegando a un estado de delirio mientras improvisan una pantalla en la blancura de una sabana a donde proyectan películas, mientras Jacinto trabaja su drama sobre el mar.

La dramaturgia deviene en reflexiones de tipo filosófico, pues Jacinto trata de explicar a su reciente interlocutor, las posibles causas de sus desvaríos mentales, de su aislamiento, al tiempo que plantea escenas del drama que quiere escribir, muchas de esas escenas o situaciones están relacionadas con la forma, manera o punto de vista, como los diferentes personajes asumen las diversas

circunstancias de su propia vida, de su propio destino.

La obra, bastante exigente con el método realista de actuación y la cuidadosa escenografía de atisbos surrealistas, fue muy bien recibida por los entendidos y tuvo muy pocas presentaciones, entre otras cosas, por lo dispendioso que resultaba movilizar todos los bártulos.

La obra teatral de Caicedo es mucho más diversa que la literaria, en cuanto a tendencias e influencias estéticas se refiere. Tanto sus cuentos, como sus novelas cortas, componen una saga relacionada con la mirada decepcionada, herida e impotente del mundo de los jóvenes. Historias cotidianas en esa dimensión del realismo fantástico, como ya se dijo, y que van mutando en una decadencia y una autodestrucción asumida, mientras asistimos a la descomposición de una clase, hasta la degradación psicológica y social. Significantes estos, con los cuales obtendrá de primera mano, como en un laboratorio de lo humano, el horroroso significado

de sus últimos relatos, como “Noche sin fortuna”, ya hermanados con H.F. Lovecraft y sus abominables criaturas.

Por el contrario, tanto las tendencias y aproximaciones estéticas, así como la diversidad de influencias y “géneros” de sus puestas en escena teatrales, están más determinadas por la necesidad de comunicar algunos temas, ciertas ideas que obsesionaban a Caicedo, y por la pasión y cercanía que experimentaba en cada una de sus incursiones en el teatro. Claro está que el movimiento Surrealista con sus ideas libertarias, rituales y provocaciones, inspiró no solamente a Caicedo, sino que era la brújula de la carta de navegación de los miembros de lo que posteriormente se conoció como el Grupo de Cali.

Como ya se mencionó antes, Andrés realizó una extensa adaptación de la novela de Mario Vargas Llosa, “La ciudad y los perros”, un ejercicio de escritura que se propuso conseguir en menos de una semana, pero que nunca llevó a escena y,



posteriormente, en 1.973, adaptó “Los fastos del infierno” de Michael de Ghelderode y que tituló “Juan en el desierto”.

La pieza teatral de Ghelderode sucede también en medio de la atmosfera corrosiva y angustiosa del encierro, y tiene que ver, con las alucinaciones y delirios del poder y del orden impuesto, siempre precario, consecuencia del autoritarismo y la violencia. Y describe, como un grupo de monjes, curas y abates, libidinosos y glotonos, se encierran aterrorizados, cagados del miedo, con toda la comida y los baúles rebosantes de oro, en los sótanos profundos de El Escorial. Los acompaña en su escondite, el cadáver aún tibio de un líder, y de quien se dice, tenía el don de aplacar las tormentas y la peste.

Durante todo el tiempo las curas, presas del miedo, escuchan como avanza desenfrenada por los corredores, una turba incontenible liderada por el rey de los carniceros, que amenaza con tomar, a sangre y fuego, la monumental edificación en donde se encuentran escondidos como ratas.

Esta última incursión cierra la saga teatral del joven autor, quien por entonces ya tenía otras preocupaciones relacionadas con su obra literaria, la crítica y la escritura para cine; y, al igual que “La ciudad y los perros”, nunca se llevo a las tablas, aunque intentamos hacerlo. Más que nada por la dificultad que significaba el hecho de poder reunir dentro del medio universitario, a doce actores comprometidos y dispuestos a dejarlo todo, o casi todo, por el teatro.

Es muy importante anotar que Andrés ingresó a la planta de actores del Teatro Experimental de Cali, TEC, en 1.970 y estuvo vinculado al grupo y a sus quehaceres, algo más de un año, siendo asistente de dirección y parte del elenco de la obra “Seis horas en la vida de Frank Kulak”.

Con el apoyo de este grupo fundó un Cine Club y posteriormente Andrés haría todo aparte con el Cine Club de Cali que sesionó en el teatro San Fernando.

Cuando ya corría el año 1.974, las inquietudes teatrales se fueron disolviendo lentamente, no solo por las dificultades anotadas, sino también porque mi familia regreso a Bogotá; unos meses después también opté por hacerlo, pues aún no le encontraba sentido a la vida y estaba perdiendo la partida contra la bohemia y el alcohol en mi querida Cali. Durante los siguientes veinte años trabajé como cine clubista y me vinculé a la universidad como profesor de Historia del Cine. Y Ramiro, el otro escudero, iniciaba su carrera como historiador, catedrático e investigador académico.

Andrés, que ya venía años sufriendo de angustia y depresión, no aguantó más y el 4 de marzo de 1.977, hace cuarenta y un años, por su propia decisión, puso punto final a su vida. Otros, menos valientes, decidimos hacerlo en módicas cuotas mensuales. Su temprano y corto paso por la literatura, el teatro y el cine, se encuentra minado por la rebeldía, la transgresión y la brillantez de su espíritu libertario.

El olvido, la apatía y la pobreza moral del medio que tuvo que soportar en vida, pero sobre todo, el letal veneno de la falta de reconocimiento y el desamor, en una personalidad precoz y aún en ciernes que cayó en la trampa de la identificación con el mundo urdido por los hombres, lograron doblegarlo; las drogas harían el resto.

—
Jaime Acosta

